

Acabamos de leer en un diario madrileño que el señor ministro de la Gobernación al tener conocimiento de la suspensión del mitin antigermanófilo de Valencia «se lamentó de que una personalidad como el Sr. Lerroux no pueda exponer sus opiniones». He aquí un sintomático detalle muy significativo del lamentable modo de entender y aun practicar la política en esta triste tierra de profesionales de la arbitrariedad, el favoritismo y el compadrazgo. El señor ministro de la Gobernación se lamenta de que «una personalidad como el Sr. Lerroux» no pueda exponer sus opiniones.

Si no se tratase de una personalidad no habría por qué lamentarlo. Y esto si es que tienen derecho a manifestar sus opiniones los que no sean personalidad.

¿Y qué es personalidad para un político de oficio? Porque es sabido que de hecho los españoles estamos divididos en dos castas. De un lado, los privilegiados, aquéllos de que hay que lamentar que no puedan manifestarse libremente, y de otro, toda la masa, el «servum pecus», la carne electoral.

Entre los privilegiados figuran en primera línea, a la cabeza de la casta, los ex ministros. Y luego, los asimilados a ellos. Y es muy de creer que para el señor ministro de la Gobernación el Sr. Lerroux es ex ministro honorario. Y luego siguen los senadores, diputados, etc., etc., sólo que éstos muy en segundo lugar, según ellos sean. Pero un ex ministro, efectivo u honorario, siempre tiene razón.

Es curioso lo que pasa con esto de las personalidades y cómo revela el ningún respeto que aquí hay a la personalidad, a la genérica, a la personalidad humana. Se oye de un atropello que han cometido con el «ilustre» X, o el «eximio» Y, o el «insigne» Z, y en seguida: «Parece imposible, ¡con X!» Si hubiera sido con el oscuro e ignorado x, con el minúsculo y, la cosa ya no chocaría. A un pobre portero se le puede atropellar impunemente.

Figúrense ustedes que un pobre empleado de poco sueldo y sin valderas, un telegrafista de una pequeña villa, pongamos por caso, no vota ni él ni su familia al candidato ministerial y se indispone con los indelicados caciquillos que apoyan a este. Pues se le traslada lejos. Y si el pobre hombre pretende volver se le exige una indigna humillación, y todavía el dicho candidato, ya diputado, y que puede resultar ser profesor, a la vez que profesional de política, halla para excusarlo razones de la más abyecta técnica de la infame politiquería electorera. Y el caso éste no es hipotético, sino riguro-

samente histórico y muy reciente. Pero es que ese pobre telegrafista no es personalidad alguna; acaso no sea ni ex concejal honorario, que ya es, a falta de otra cosa, ser algo.

Claro está que para ser personalidad no basta siempre ni ocupar esos cargos ni haberlos ocupado. Hay, verbigracia, un honrado sujeto, prestigioso profesor, que fué senador del Reino y que está al frente, como director, de una institución de enseñanza especial. El ministro del ramo —en este caso el de Instrucción pública— necesita ese puesto para un compinche, para un compadrito—que dirían en la Argentina—, que malgastó alegremente su mocedad; es un ex diputado también, y necesita meterse en algo aunque de nada entienda. Pues bien; se le da graciosa y donatosamente un puntapié al prestigioso ex senador, que no es ya personalidad, y se le pone al otro. Y luego es fácil que al gracioso y donatoso dador del puntapié le sorprenda el que el otro, el atropellado, le niegue el saludo.

Y, sin embargo, todo esto, toda

esta carroña moral compuesta de pequeñas postillas, de montones de microbios, sólo podía aliviarse si todos los hombres decorosos, amantes de la justicia y respetuosos con la dignidad ajena—con la de todos y sin hacer acepción de personas—se propusieran negar el saludo a los otros, a los... caballeros. Porque no hay inconveniente en concederles de buen grado este título. Un caballero puede muy bien no tener sentido de la justicia ni respeto a la dignidad ajena y seguir siéndolo. Los caballeros eran los que podían montar a caballo, los que iban a la guerra a caballo. Los otros, los de la villa, los que sólo montaban en burro, eran villanos. Y fueron ellos, los caballeros, los que lograron dar su sentido más corriente a las voces caballerosidad y villanía. Pero decimos y sostenemos que nadie cometió más villanías que los caballeros, y que puede ser caballerosísimo—en el mejor sentido de esta palabra—un pobre hombre que jamás pudo mantener ni alquilar caballo y que no es personalidad para el privilegio.

Se ha suspendido el mitin de Valencia a pesar de que en él iba a hablar el Sr. Lerroux. Si sólo hubieran de haber hablado Fulánez, Zutáñez, Mengáñez y Perencejez, entonces, acaso, les meten en la cárcel, por haber pedido su celebración. O por lo menos los fichan.

El Sr. Lerroux es personalidad, pero parece que es más personalidad el Sr. Maura, y así el mitin que dió éste en la Plaza de Toros de Madrid no hubo de suspenderse. Verdad es que los del «¡Maura, no!», no amenazaron con disolverlo a palos y a



Comentario



tiros. Y si hay privilegio para las personalidades y para los ex ministros, efectivos u honorarios, le hay también para toda clase de requetés. La cosa es amenazar. ¿O es que acaso algunos de los que violentan y falsean las leyes desde un ministerio y ejercen la arbitrariedad no inteligente y el favoritismo torpe y des gobiernan atolondradamente no escalaron con amenazas el ministerio? La jaudalería es la norma enorme, es decir, la norma anormal, la norma de la anormalidad.

Y así, de pequeñas cosas, de costillas al parecer sin pero ni tomo, de arbitrariedades y torpezas aparentemente minúsculas, se va tejiendo esta oscura y triste vida sin historia de la España oficial, azotada por el bocheroso ábrego—el viento africano—que lleva, entre remolinos de arena de páramo, gérmenes de las fiebres que incuban en las muertas charcas donde desovan las moscas y los mosquitos pestíferos de nuestra política de chaquetilla y «chaira», que no de capa y espada.

¡Si hubiera al menos aquí cosas gordas, como las había en Rusia! Deportaciones a Siberia, «programos», ukases tiránicos, opresión... Eso nos habría dado, acaso, un Desoyeusqui, un Tolstoi, un Kropotki-ne y, luego, una revolución como aquella. Pero lo de aquí no es eso, ¡no! Es la pequeña corrupción, es la freseura y el desahogo, es el compadrazgo, son los negociillos mezquinos—de carteristas (los que toman carteras) y no de estafadores en grande—y es la adulación y la pardiase-ria y la hipocresía y la oquedad so-nora. Lo de aquí es la tisis lenta por una mesnada de microbios que van destruyendo los pulmones con que la nación debía respirar libertad. Y si alguien chilla le tapan la boca con un mendrugo de pan negro y duro, o hacen como que no le oyen, se hacen los sordos. Y así lo que es por dentro tragedia, aparece sainete por de fuera.

También yo he empezado este comentario por sainete y me siento empujado a la tragedia. ¡Suspendámos-lo, pues!

Miguel de Unamuno.

